

Valorizaciones del género testimonial desde la perspectiva de las nuevas historias de la literatura argentina

Guadalupe Maradei¹

Resumen:

En las últimas décadas el relato testimonial ha adquirido gran relevancia en América Latina tanto desde la producción de la práctica discursiva como por los estudios críticos que se han ocupado de él, proponiendo debates acerca de las relaciones entre política y literatura, la “literariedad” o la incorporación de un nuevo canon. Para algunas posturas se trata de una forma de literatura que recupera la “voz del subalterno” y se constituye en un discurso resistente al canon, implica una desnaturalización de los modelos consagrados (Adriana Goicochea, 2000). Otras perspectivas sostienen que son discursos cuyos rasgos literarios no son evidentes, como sí lo es la relevancia cultural que poseen, configurándose en una tensión que los convierte en textos heterogéneos, que permiten la emergencia de un sujeto heterogéneo (Antonio Cornejo Polar, 1980). El trabajo a presentar intentará desentrañar qué tipo de valorizaciones de este género entran en juego en las historias de la literatura argentina publicadas a partir de 1983 y aquellos ensayos críticos que sin encuadrarse en esa perspectiva editorial revisan criterios de historización y periodización de la literatura con miras a revisar los vínculos entre los criterios de selección, agrupación y análisis –que todo canon y toda historización suponen– y los proyectos político-intelectuales de los cuales participan estos posicionamientos críticos, asumiendo ambos aspectos como prácticas culturales significantes que contribuyen a la construcción de hegemonía cultural y política (Pilar Calveiro 1998, José Luis De Diego 2000, Miguel Dalmaroni 2006, Martín Prieto 2006, Ana Longoni 2007; Daniel Feierstein 2007, entre otros).

¹ UBA- CONICET
guamaradei@yahoo.com

Valorizaciones del género testimonial desde la perspectiva de las nuevas historias de la literatura argentina

En las últimas décadas el relato testimonial ha adquirido gran relevancia a nivel nacional, regional y global, tanto desde la producción de la práctica discursiva como por los estudios críticos y teóricos que se han ocupado de él, proponiendo debates acerca de las relaciones entre política y literatura, los límites entre ficción y realidad, o las distintas concepciones del canon.

Este trabajo indagará qué tipo de valorizaciones de este género entran en juego en las historias de la literatura argentina publicadas a partir de 1983 y aquellos ensayos críticos que sin encuadrarse en esa perspectiva editorial revisan criterios de historización y periodización de la literatura con miras a revisar los vínculos entre los criterios de selección, agrupación y análisis – que todo canon y toda historización suponen– y los proyectos político-intelectuales de los cuales participan estos posicionamientos críticos, asumiendo ambos aspectos como prácticas culturales significantes que contribuyen a la construcción de hegemonía cultural y política.

Susana Cella ha analizado cómo la articulación que el lenguaje literario efectúa entre las cualidades espaciales (extensión, homogeneidad o heterogeneidad, isotopía o distopía, etc.) y las temporales (duración, tiempo como dimensión existencial, ciclicidad, irreversibilidad y reversibilidad) signa las representaciones como constelación de imágenes que integran imaginarios sociales fuertemente vinculados con distintos momentos históricos. Al momento de historizar la serie literaria, la crítica indaga necesariamente esos imaginarios que interpelan y son interpelados por la literatura, generando una relación dialéctica entre la lectura de la obra como documento de una época y las configuraciones críticas del presente. En esa interacción, los críticos ponen en juego, de manera manifiesta o sesgada, concepciones de lo que es la literatura en tanto objeto de conocimiento o de saber. En ese sentido, puede decirse que la relación entre crítica literaria y periodización, a partir de los juicios que articulan materiales y procedimientos literarios con condiciones históricas concretas constituye un núcleo del proceso de valorización de la literatura y la cultura indisociable no sólo de los cambios de estatuto de lo literario y cultural sino de las atribuciones de la crítica en tanto discurso ético y político.

En las últimas décadas se ha producido una profusa publicación y reedición de historias de la literatura argentina en las que participa un número significativo de críticos literarios argentinos de trayectoria, en el rol de directores de las colecciones, de coordinadores de los distintos tomos, o bien, en carácter de colaboradores. Desde el punto de vista editorial, estos proyectos de historia de la literatura argentina adoptaron diferentes formatos y modalidades de producción y circulación y, desde el punto de vista crítico, privilegiaron ciertos géneros, temáticas y estilos en detrimento de otros a partir de formas de periodización particulares. Sin embargo, se ha observado que, como modos de intervención, estas propuestas de organización de la historia de la literatura argentina, presentan confluencias que remiten a un posicionamiento específico respecto de la tradición literaria y del acto de historiar lo literario en el marco de una tradición crítica determinada. Su relación con el canon es una relación compleja que involucra la voluntad de actualización y/o transformación de un sistema canónico establecido, pero que al mismo tiempo acepta y promueve la convivencia conflictiva con otros proyectos historiográficos e incluso con propuestas diferentes dentro del mismo proyecto, impugnando la idea de canon único indiscutido. El canon es así concebido no sólo desde el punto de vista del sistema de inclusiones y exclusiones (como el que plantea Harold Bloom en *El canon occidental*), sino también de los interrogantes propuestos respecto de nuevos modos culturales y literarios de representación y experiencia, siempre en tensión. Así, al considerarse

las reglas y procesos constructivos, la idea de canon deja de ser sinónimo de lista de obras “importantes” para indagar en esa importancia, en su carácter de producto de valuaciones sociales, condiciones de legibilidad e ilegibilidad y coyunturas históricas que fijan las reglas y los límites del arte (Piglia 1986, Cella 1998, Rosa 1999). De esta manera, las historias de la literatura argentina contemporáneas problematizan los materiales desde su historicidad en la lucha por la hegemonía cultural y establecen relaciones específicas con la crítica en tanto intervención: las acciones críticas producidas en la lectura son puestas de manifiesto en la escritura, sostenidas conceptualmente y también cuestionadas.

En lo que refiere particularmente al género testimonial, los estudios literarios y culturales han producido una serie de debates en torno a la relación que este género establece con la literatura canónica. En su tesis doctoral de la Universidad Nacional de la Plata, la investigadora Adriana Goicochea relevó cómo en las últimas décadas la reflexión teórica a nivel global ha tomado posturas divergentes acerca de las relaciones de este género con la institución literaria de cada momento histórico determinado. Para algunos consiste en una forma de literatura que recupera la “voz del subalterno” y se constituye en un discurso resistente al canon que implica una desnaturalización de los modelos consagrados. Pero existe otra línea de discusión, más escéptica, que lo considera “otra” forma de literatura sancionada por el poder y la autoridad académica, dado que diluye la capacidad del testimonio para reconstruir la verdad de lo subalterno. Se relativiza de este modo su poder estético e ideológico especial (Goicochea, 2000).

En las nuevas historias de la literatura argentina y en periodizaciones críticas con las cuales dialogan, las valorizaciones respecto de este género divergen y entran en conflicto, porque seleccionan corpus textuales distintos pero también porque sus modos de leer parten de perspectivas teórico-críticas divergentes.

Puede observarse, en primer lugar, una historización de la emergencia del género testimonial ligada a un nombre de autor –Rodolfo Walsh– y a un cambio en el sistema literario, en términos de “evolución literaria”¹. En esa dirección, puede leerse la intervención de Roberto Ferro en el Tomo X de la *Historia crítica de la literatura argentina* coordinado por Susana Cella, bajo el título de “La irrupción de la crítica”. En su artículo, Ferro vincula la emergencia de la “literatura testimonial de denuncia”, y su consecuente interpelación al canon establecido, con transformaciones histórico-culturales más amplias, ligadas a la crisis de la eficacia de los instrumentos de reflexión vigentes que tuvo lugar como consecuencia de la recomposición en el orden político y social del golpe cívico-militar de 1955. Uno de esos desplazamientos, señala el autor, “se va a producir en los bordes del campo literario consagrado, en esa zona siempre inestable y casi ilegible desde los lentes canónicos de cada época, un espacio atravesado por genealogías heterogéneas y discontinuidades abruptas, en el que, no obstante, se han generado algunos de los procesos de transformación más intensos de la literatura argentina.” (Ferro, 1999:126).

En la serie de testimonios sobre los fusilamientos ilegales de José León Suárez que Walsh publica en el periódico *Revolución Nacional* y que en 1957 se convertirían en la primera edición de *Operación Masacre*, se produce, según Ferro, una doble inauguración. Por un lado, la restitución para la memoria colectiva de un suceso borrado, obliterado, y, por otro, la modulación de una nueva producción discursiva: la narrativa testimonial de denuncia.¹

En su *Breve historia de la literatura argentina*, Martín Prieto también elige pensar *Operación Masacre* como la aparición de un nuevo género literario, el testimonio, que explica de este modo: “...cuando a fines de 1957 Walsh convierte la denuncia en un libro y decide ordenar el material, dividiéndolo en tres grandes bloques –“Las personas”, “Los hechos”, “La evidencia”– utiliza, para hacerlo, las astucias del escritor y no las del periodista. Enigmas,

indicios, prospecciones, construcciones temporales paralelas, retratos y la misma disposición de los materiales son algunos de los recursos y procedimientos literarios de los que echa mano Walsh para construir un potentísimo híbrido, basado en una investigación de carácter periodístico convencional, pero resuelto formalmente según el modelo de la narración literaria.” (Prieto, 2000: 340). Sin embargo, no concibe esa emergencia en términos de ruptura o corte con la tradición literaria argentina sino estableciendo relaciones entre los textos testimoniales de Walsh y la producción anterior del autor (la escritura de relatos policiales y su ejercicio de la labora periodística le habrían dado el olfato para identificar lo que podría ser una gran historia, una “gran nota”, además de la conciencia sobre el lector y la destreza para producir enigmas y efectos de suspenso). Asimismo, distingue un conjunto de autores posteriores que podrían ubicarse a la altura de los sucesores de Walsh, ser parte de la “tradición walshiana”. En esa línea, sostiene Prieto, no debe incluirse “la obra de sus seguidores, que son legión, pero que lo siguen en tanto periodista militante y no inventor de un género del que no toman ninguno de sus prepuestos teóricos, según puede verse, emblemáticamente, en la obra de Horacio Verbitsky, en quien, como señala Christian Ferrer, ‘sólo el afán de investigación y la voluntad de denuncia puede contabilizarse a beneficio de inventario’ (Prieto, 2000: 343). Y, en otro lugar: “Fue Miguel Bonasso quien con mayor aplicación y creatividad siguió los pasos del maestro (...) Al libro de Bonasso no le cabe sólo el mérito cronológico de haber sido el primero de una larga serie de testimonios sobre los horrores de la dictadura militar sino que, además, transgrediendo positivamente las normas del género al inmiscuirse el narrador en la conciencia de los personajes –un recurso novelesco que no había utilizado Rodolfo Walsh–, establece una nueva potenciación entre la materia y forma del relato.” (Prieto, 2000: 344). En consecuencia, desde la perspectiva de Prieto, la literatura de Walsh no es analizada en tanto irrupción en un canon establecido, sino que es el canon mismo, es el modelo desde el cual se mide la efectividad, la potencia, “el filo” de otros testimonios.

Este modo de valorización de los textos testimoniales de Walsh puede compararse con lo que David Viñas sostiene en el último ensayo de la reedición del segundo tomo de *Literatura argentina y realidad política*. Allí Viñas tampoco enfatiza el valor disruptivo del texto de Walsh en la historia de la literatura argentina sino su pertenencia a una serie, ya no dentro de la propia producción de Walsh, sino en la gran serie de la literatura argentina en su totalidad. Viñas señala en el gesto de Walsh un índice de continuidad, una coherencia histórica, un curso trágico en el cual el testimonio de *Operación Masacre* se graba con nitidez por su movimiento de página y su entonación: “el que inaugura José Hernández con sus comentarios al degüello del Chacho Peñaloza en 1863, prolongado en el aguafuerte de Roberto Arlt con la descripción del fusilamiento de Severino Di Giovanni en 1931. Esos momentos portan tres blasones que corroboran las complejas y mediadas pero decisivas relaciones entre política argentina y el espacio textual: la liquidación del *gaucho rebelde*, la eliminación el *inmigrante peligroso* y la masacre del *obrero subversivo*. La carta abierta de Walsh a la dictadura de 1977 –al inscribirse en esa secuencia como cuarto blasón no sólo la continúa sino que preanuncia ya el asesinato del *intelectual heterodoxo*.” (Viñas, 1996: 249). Así, *Operación Masacre* y las producciones posteriores de Walsh son leídas por Viñas como un eslabón necesario, incluso una culminación, de la historia de la literatura argentina considerada en su totalidad a través del hilo conductor de la política sin distinción de géneros, épocas o generaciones, conformando un único, trágico y gran texto que exhibe tres “manchas temáticas” fundamentales: violación (1840), conquista (1880) e invasión (1890); que a su vez van enhebrando la persecución (1870), el fracaso (1930) y la represión (1976).

Este modo de leer les permite tanto a Viñas como a Prieto establecer también una proyección que atraviesa un arco temporal que va desde las condiciones de producción del texto de Walsh

hasta el presente de enunciación de ambos críticos. Para Viñas y Prieto, leídos desde su propio presente, los testimonios y la concepción del testimonio de Walsh dirían algo, marcarían un límite, a la producción más reciente de textos testimoniales. Martín Prieto postula, en base a declaraciones del mismo Walsh sobre las diferencias entre testimonio y ficción y su predilección por el primero (“El testimonio presenta los hechos, la ficción los representa. La ficción resulta encumbrada porque no tiene filo verdadero, no hiera a nadie, no acusa ni desenmascara”), que dicha defensa del testimonio conlleva un cuestionamiento de los alcances del programa naturalista y del realismo social y condiciona las posibilidades de las novelas políticas de los siguientes treinta años: “desde *El libro de Manuel*, de Julio Cortázar, hasta *Los pasos previos*, de Paco Urondo, en los años setenta, y también hasta todo el ciclo de novelas sobre la dictadura militar de los ochenta y noventa que, contempladas según la tajante definición de Walsh, desde su misma elección genérica habrían resignado su ambición denunciadora” (Prieto, 2000: 343).

David Viñas, por su parte, identifica a Horacio Verbitsky como el continuador actual más notable del periodismo inaugurado por Walsh, con una salvedad: “en sus denuncias y sus crónicas, Horacio Verbitsky pone en movimiento tal cantidad de datos y referencias que muchos de sus lectores tenemos la sensación de que se enfrentan a una polvareda inconexa o arbitraria; excepcionalmente propone o insinúa una síntesis o algún foco que relaciones esa proliferación. Corresponde preguntar, me parece, si esa carencia reproduce los límites actuales de la izquierda intelectual...” (Viñas, 1996: 249). De esta manera, ya sea por opción genérica o (in)capacidad de condensación y orientación, la literatura política o de denuncia de los últimos treinta años es valorada como insuficiente por estos críticos que propone medirlas en relación con el poder de intervención que tuviera otrora la producción “walshiana”.

En este punto, resulta interesante indagar las concepciones de la literatura y de la historia que sostienen tales operaciones críticas. Por un lado, puede reconocerse en esas operaciones el esfuerzo por evitar modos de historización objetivistas e historicistas. Como en Benjamin, la categoría de historia que actúa en estas lecturas críticas implica una relación dialéctica entre lo recobrado del pasado y el lugar desde donde se recobró ese hecho pasado (Benjamin, 2010).

Pero por otro lado, si sostenemos, por un lado, que la riqueza y diversidad de los géneros discursivos es inmensa, porque las posibilidades de la actividad humana son inagotables y porque en cada esfera de la praxis existe todo un repertorio de géneros discursivos que se diferencia y crece a medida que se desarrolla y se complica la esfera misma (Bajtín, 1982); y, por otro, que el estudio de los géneros literarios es imposible fuera del sistema en cual o con el cual están en correlación, de modo que los géneros no son constantes sino variables y su material lingüístico (extra-literario) así como la manera de introducir ese material en literatura, cambian de un sistema literario a otro (Tinianov, 2004), estas posturas estarían analizando producciones de sistemas literarios divergentes desde una idea de género sostenida en rasgos históricamente invariantes.

Este contrapunto puede ser productivo especialmente si tenemos en cuenta la producción más reciente de testimonios que presentan una gradación variable y a veces indistinguible de los polos ficción/realidad y diversas inscripciones genéricas ya sea desde la denominación editorial o desde la consideración de la crítica (testimonios “a secas”, novelas testimoniales, ensayos testimoniales, relatos testimoniales, entre otras). Estos textos han habilitado, a su vez, potentes reflexiones y periodizaciones sobre las producciones culturales y la historia argentina reciente. En este sentido, quisiera hacer una breve mención a tres casos de escrituras críticas que han intentado periodizar y dar un marco de inteligibilidad a la nueva producción de testimonios, en términos de un acontecimiento (la aparición de modos singulares de existencia

del género testimonial) y asumiendo el desafío de proponer lecturas marcadas por un modo de vinculación problemático desde el punto de vista epistemológico: la “contemporaneidad”.

En el tomo VII de la historia de la literatura *Literatura argentina siglo XX*, dirigida por David Viñas, se incluye un artículo del crítico Edgardo Berg que refiere a tres textos de la década del noventa que, desde diversas modulaciones discursivas (novela, testimonio periodístico, entrevista, ensayo sociológico y político), actualizan la experiencia del pasado, imponiendo una temporalidad que se aparta de la linealidad del relato historiográfico clásico, configurando discursivamente una trama de interpelaciones superpuestas. Se trata de textos que vuelven a narrar la experiencia de la última dictadura militar en la Argentina desde un presente que interroga el pasado. El primer texto que analiza es el libro de Pilar Calveiro *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina* (1998), centrándose en el recurso al relegamiento del “yo testifical”. Dice Berg: “Hablar como si uno fuera otro. Ese despojamiento de un sobreviviente de los campos de exterminio de la Escuela de Mecánica de la Armada tiene mucho que ver con una actitud moral. La experiencia del horror, de alguien que estuvo allí y sufrió los tormentos y vejámenes en su propio cuerpo, no necesita ser enfatizada ni subrayada. Esa es la eficacia que logra el ensayo de Pilar Calveiro, al contraponer el relato del martirio con el distanciamiento crítico de su escritura” (Berg, 2000: 298). Más adelante, pondera el capítulo del libro de Calveiro que se concentra en las relaciones entre los campos de concentración y la sociedad, ya que da cuenta que el desarrollo del “poder desaparecedor” (concepto central del libro) sólo fue posible en el seno de una sociedad que ya había sido formada en la disciplina militar.

El segundo texto que examina es la novela *Villa*, de Luis Gusmán, de la cual destaca el poder de resignificar, en los límites del lenguaje narrativo, el particular punto de vista del victimario. Al contar la historia desde la conciencia perturbada de un colaborador civil de la represión estatal, esta novela, dice Berg, permite entrever una compleja interacción entre subordinación y complicidad.

Por último, estudia El vuelo de Horacio Verbitsky como un texto que exhibe los dilemas de configuración formal del registro y, la vez, establece una zona de control lingüístico y de estrategias de legitimación. Este texto, señala Berg, expone de manera deliberada los avatares de la investigación y las marcas de la experiencia “verdadera” (la transcripción de la voz de Scilingo, los cortes de las cintas grabadas y las negociaciones entre Verbitsky y el marino escenificadas en el texto, las hipótesis previas del periodista investigador reactualizadas y confirmadas por nuevos descubrimientos, la impresión de los datos factuales y de los documentos probatorios).

Estos tres análisis, aquí referidos sucintamente, permiten a Berg construir una hipótesis que pone en relación los hechos históricos que los testimonios en sus distintas variantes narran con las condiciones de posibilidad de un saber compartido sobre dichos hechos: “El establecimiento de los campos de concentración-exterminio en la Argentina no fue solamente un hecho histórico, sino también constituyó el espacio negado y silenciado que todavía hoy produce efectos de verdad sobre el tejido social y político que hoy vivimos. El decir mudo de los que ya no pueden testimoniar, las voces ausentes establecen las condiciones de posibilidad de su representación.” (Berg, 2010: p.301).

Este enfoque se vincula con lo que Ana Longoni propone en su libro *Traiciones*. Allí se interroga sobre la conformación en democracia de la figura de los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención. Longoni rastrea la construcción de esta figura en tres textos de repercusión masiva aparecidos en distintos momentos, que implican la reelaboración y fuerte mediación autoral de testimonios de sobrevivientes y que establecen relaciones diversas con el

polo realidad/ficción: *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso, *Los compañeros*, de Rolo Diez y *El fin de la historia*, de Liliana Heker.

Desde la perspectiva de Longoni, durante las décadas del ochenta y del noventa, se produjo un fenómeno de inaudibilidad o crítica del relato de las víctimas sobrevivientes de la última dictadura militar que podría responder a cuatro factores. En primer lugar, el hecho de que ellos anuncian algo tremendo y doloroso: que la inmensa mayoría de los desaparecidos fue sistemáticamente asesinada. En segundo lugar, los relatos de los sobrevivientes estorban dificultan la construcción del mito incólume del desaparecido como mártir y héroe. Tercero, encuentra que, desde el antagonismo entre héroes y traidores tampoco resultan socialmente audibles (en el sentido de comprensibles o admisibles) las estrategias que desplegaron algunos secuestrados para intentar sobrevivir dentro del campo, recursos que los distancian del mito del héroe-mártir, y que en circunstancias límites de estar expuestos al arrasamiento de sí mismos y de su mundo conocido, le permitieron recomponer su condición humana y reafirmar su voluntad de vivir. Por último, señala que lo que tampoco se logra escuchar es el balance (personal y colectivo) que las voces de los sobrevivientes articulan de la experiencia política sesentista (su constitución como sujetos políticos). Este reconocimiento de la condición política del sobreviviente genera resistencias de varios órdenes, porque se trata de un sujeto que porta la experiencia de una comprensión de la política muy distante a la que hegemoniza la postdictadura (como confrontación violenta y conflicto y no como pacto y negociación).

Desde el punto de vista historiográfico resultan relevantes estas hipótesis porque permiten postular el carácter problemático del género testimonial en tanto producción cultural y producción de un saber que aparece en una relación ambivalente, tensa, con la opinión pública que sostiene la democracia. En ese sentido, Silvia Delfino sostiene que la democracia siempre ha atravesado la doble tensión entre preservar y afirmar las tradiciones y sostener la posibilidad de que las memorias puedan ser refutadas o contestadas por testimonios alternativos que ponen en cuestión tanto la imaginación social previamente configurada como los intereses sociales y las conciliaciones éticas aseguradas por la censura y el disciplinamiento. De hecho, en nuestro país experimentamos en la década del noventa el modo en que las leyes de Obediencia Debida y Punto Final actuaron como límite no sólo de la posibilidad de enjuiciar a los culpables de crímenes a los derechos humanos sino también como límite acerca de lo que era posible discutir y acerca de lo que era necesario recordar (Delfino, 2004).

En su libro *La palabra justa* (2004), Miguel Dalmaroni propone una periodización que marca dos fases de la postdictadura. En primer lugar, señala cómo desde la publicación en 1980 de novelas como *Respiración artificial* de Ricardo Piglia y *Nadie, nada, nunca* de Juan José Saer, pero especialmente desde la reinstauración del régimen constitucional a fines de 1983, la crítica cultural y universitaria comenzó a interrogar los vínculos entre literatura argentina y experiencia histórica, en términos de un debate acerca de los modos de narrar el horror de la historia reciente. En ese marco, lanza una crítica a algunas de esas indagaciones que creyeron distinguir en ciertos segmentos de la alta literatura y especialmente de la narrativa escrita o publicada durante la dictadura, el predominio de formas de representación oblicuas o fragmentarias. Y señala también, que, en simultáneo: “las políticas del relato de otros discursos sociales —en especial, las subjetividades políticas radicalizadas, los organismos de Derechos Humanos, los medios de comunicación de masas y los proliferantes géneros del testimonio que esas voces ponían en circulación— eran caracterizadas desde cierta crítica universitaria como totalizaciones de sentido reproductivas tendientes a obturar la semiosis social sobre el pasado en la narratividad clausurada el mito” (Dalmaroni, 2004: 155).

El punto de inflexión histórico lo ubica Dalmaroni hacia mediados de los años noventa cuando estas polémicas tomaron un nuevo envión por la emergencia de nuevas narrativas de la

memoria del horror, distinguibles de una fase anterior, la signada por el informe *Nunca más* de la CONADEP y por el juicio a las juntas militares de 1985. Es posible, afirma Dalmaroni, explorar esas nuevas narrativas tanto en el género de los testimonios como en el de una serie de novelas y por el modo en que plantea su periodización, la publicación de testimonios de “los setenta”, en que retomaban la palabra numerosas voces de ex militantes de las organizaciones políticas radicalizadas de aquel pasado, ahora menos para narrar su memoria como sobrevivientes de los campos de concentración o del exilio, que, para volver sobre la convulsiva experiencia de los años previos al golpe de 1976, durante ese mismo bienio de 1995-1996, surgía también la red nacional de HIJOS de detenidos-desaparecidos, que introducía una reflexión inédita en los modos de rememoración, ya que ponía en la escena del debate a sujetos cultural y etariamente muy diferentes de los que hasta el momento habían tomado la palabra, involucrados en los hechos por el despojo de la identidad que habían sufrido y que procuraban reconstruir en el presente de sus intervenciones. Fue en ese momento nuevo y confuso cuando se publicaron las novelas *Villa* de Luis Gusmán y *El fin de la historia*, de Liliana Heker. Dalmaroni rastrea cómo esas novelas, lejos de la oblicuidad, de la fragmentación o del ciframiento alegórico, comenzaron a narrar refiriendo “por completo”, imaginando con una intensidad inédita las hablas privadas de los torturadores, asesinos y apropiadores en la rutina escalofriante de los centros clandestinos de detención, en los metódicos tormentos, en las ruindades y derroteros cotidianos del cuartel y también en la sociabilidad militar o en la vida familiar. Estos procedimientos funcionan para Dalmaroni como un modo de insitencia en las “diversas formas y grados de contigüidad entre aquellas voces y las de (para ponerlo en términos de un debate ya tan clásico como controvertido) los *argentinos ordinarios* que colaboraron, consintieron o callaron y prefirieron olvidar (el efecto de esa construcción de contigüidad es la representación del mundo social del terror como un espacio en que se han disuelto dicotomías del tipo criminal/inocente, normalidad/patología o normalidad/monstruosidad...)” (Dalmaroni, 2004: 160). Desde *El fin de la historia* (Liliana Heker, 1996) hasta *El secreto y las voces* (Gamerro, 2002), postula Dalmaroni, se observa un pasaje de la figura individual del colaborador directo a la figura colectiva de las complicidades de casi todos.

A modo de conclusión, podemos decir a partir de este análisis que los modos de valorización de distintas modulaciones del género testimonial en periodizaciones críticas recientes de la literatura argentina exigen abordarse no como prácticas naturalizadas sino como acciones críticas que funcionan gracias a la articulación de relaciones, prácticas y sentidos en un campo material de luchas por la hegemonía política y cultural. En ese marco, puede decirse que las historias y periodizaciones de la literatura argentina han asumido el desafío de narrar acontecimientos históricos recientes y de un alto grado de excepcionalidad, semejantes a los que describe Paul Ricoeur en *La memoria, la historia, el olvido* (2004) al referirse a los testimonios originados en la Shoah. Para Ricoeur tales testimonios establecen un caso límite: es difícil incorporarlos al archivo por ser una excepción sobre la cual es complicado ejercer el métodos historiográfico, porque se trata de experiencias extraordinarias, que no pueden mensurarse con otras experiencias.

Las periodizaciones aquí analizadas dan cuenta de que en la cultura argentina la imposibilidad del testimonio, en tanto saber de los hechos, cobra existencia y se transforma en acto a través de textos diversos en su inscripción genérica y en su relación ficción/realidad pero que han cumplido un papel fundamental en las representaciones sociales de la última dictadura cívico-militar. A su vez, enfatizan el hecho de que la memoria histórica, en términos de práctica social y de producción cultural posee su propia y compleja historicidad que involucra una producción

de relatos en aumento y una reactualización constante de los debates que exigen nuevas formas de la historia y de la crítica.

Bibliografía

- Bajtín, Mijaíl 1982, *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI Editores, México.
- Benjamin, Walter 2010, “Tesis de filosofía de la historia”, en *Ensayos escogidos*, Buenos Aires, Cuenco de Plata.
- Berg, Edgardo 2010, “El presente del pasado (literatura y testimonio en *Poder y desaparición* de Pilar Calveiro, *Villa de Luis Gusmán* y *El vuelo* de Horacio Verbitsky)”, en Viñas, David (dir.), *Literatura argentina siglo XX*. Tomo VII: “De Alfonsín al menemato (1983-2001)”, Buenos Aires, Paradiso.
- Cella, Susana 1998, *Dominios de la literatura. Acerca del canon*, Buenos Aires, Losada.
- Dalmaroni, Miguel 2004, *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina (1960-2002)*, Santiago de Chile, Melusina Editorial
- Delfino, Silvia 2004, “Teoría y crítica oficial: reclamos de orden y represión”, en *Actas del Congreso Internacional Debates Actuales: literatura y lingüística*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Ferro, Roberto 1999, “La literatura en el banquillo. Walsh y la fuerza del testimonio”, en Cella, Susana (coord.) y Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, tomo X: “La irrupción de la crítica”, Buenos Aires, Emecé.
- Goicochea, Adriana Lía 2000, *El relato testimonial en la literatura argentina de fin de siglo* (en línea). Tesis de doctorado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en <http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.5/te.5.pdf>
- Longoni, Ana 2007, *Traiciones*, Buenos Aires, Norma.
- Piglia, Ricardo 1986, *Crítica y ficción*, Santa Fe, Universidad del Litoral.
- Prieto, Martín 2000, *Breve historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Taurus.
- Ricoeur, Paul 2004, *La memoria, la historia y el olvido*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Rosa, Nicolás (ed.) 1999, *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.

- Sarlo, Beatriz 2005, *Tiempo pasado. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Tinianov, Iuri 2004 (1965), “La evolución literaria”, en Todorov, Tzvetan, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Vezzetti, Hugo 2002, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Viñas, David 1996 (1964), “Rodolfo Walsh, el ajedrez y la guerra”, en *Literatura argentina y política II: De Lugones Walsh*, Buenos Aires, Santiago Arcos.